

EL CABO DE LAS TORMENTAS, POR PÍO BAROJA.

Bajo el título genérico "La selva oscura", inicia Baroja una nueva trilogía novelasca, en la cual el primer volumen es "La familia de Errotache" y el segundo, "El cabo de las tormentas". No he leído el primero aun, "El cabo de las tormentas" (1) no es propiamente una novela, como ha podido decirse de muchos otros libros del mismo autor. Se contienen en él cinco relatos diferentes, titulados respectivamente "Bautista el sublevado" (se refiere a la intención de Jaca, donde fueron fusilados Galán y García Hernández), "El contagio" (páginas sombrías sobre la dominación de Martínez Anido en Barcelona), "La protección del Negro", "Silencio" y "Margot y sus pretendientes". En este último relato aparece contada la impresión que daban las calles de Madrid en los días de la caída de la Monarquía y de la proclamación de la República. Las indicaciones hechas permiten al lector imaginarse lo que es este libro. Se trata de una especie de crónica en fragmentos, de los principales hechos políticos ocurridos en España en los últimos años. Los más remotos sucesos referidos allí son los que se relacionan con Martínez Anido, el siniestro gobernador de Barcelona en los años de la guerra y más tarde colaborador eficaz de Primo de Rivera.

Debe de haber tenido Baroja algún escrúpulo de procedimiento al trazar las páginas de este libro, porque se ha detenido en inventar algunos personajes de primer plano que son los que con sus excursiones por España, su curiosidad y su facilidad para conocer gentes diversas, dejan al lector ver más de cerca los hechos que sus interlocutores les narran a aquéllos. Pero esta invención es inútil. No hay razón alguna para llamar novela a este libro, y los personajes comunes a que he aludido se esfuman en una lejanía nebulosa si se trata de reconstituir, con la memoria, lo que se

ha leído en el libro. Lo más importante de él son los sucesos políticos a los cuales se alude, ya de frente, ya en forma soslayada y como oblicua. Baroja ha recorrido detenidamente las calles de Madrid en los días de mediados de abril del año pasado y ha hecho una recolección abundante de anécdotas y curiosidades; de sus conversaciones con gentes de diversos medios ha ido obteniendo además preciosas indicaciones sobre el estado de espíritu con que la población de la capital española recibió el cambio de régimen. Uno de los personajes que muestra Baroja, concreta su impresión con estas palabras: "¡Qué engaño corre en el mundo sobre nosotros los españoles! Se nos cree todavía terribles y somos unos infelices". Por su parte, otro individuo hace una síntesis de la situación, que es muy feliz: "Los estudiantes y la prensa han tumbado a la Monarquía. El dictador había perdido la cabeza. Luchar contra los estudiantes es como querer acabar a garrotazos con una nube de mosquitos". Y aunque no tenga relación directa con esto, una actualidad grande otra sentencia que aparece en este libro: "Esto de la política casi siempre es un poco misterioso, a fuerza de ser claro. Los aficionados a escribir no lo entendemos. Todos los ministros son, al parecer, buenos oradores. El político y el escritor hablan un idioma distinto y es difícil que se comprendan bien entre ellos".

Todas estas conversaciones, estos rasgos de ingenio, estas súbitas iluminaciones del alma de España o de la entraña de la situación, transcurren en un ambiente caldeado por lo vertiginoso de los acontecimientos, donde la nerviosidad se masca inconscientemente o se respira en el aire. En los días de lo que se llamó "Pascua republicana" (y Baroja la llama así también), de cada esquina de la capital española surgían grupos de gentes, que enarbolaban estandartes, gritaban motes o cantaban letrillas ofensivas para alguien; algunos cargaban armas y amenazaban con cortar las cabezas de los aristócratas, quemar ciertos edificios y hacer mil escarmientos. Algo de eso ocurrió: hubo con-

ventos incendiados, monumentos derribados y más de un asalto y de un saqueo. Pero todo eso pasó, y hoy España vive en paz.

La impresión que deja este libro es un poco caótica, no por culpa del autor, ciertamente, sino de los hechos escogidos para la narración. Una transformación popular tan honda como la ocurrida en España surge de pronto, sin que nadie sepa por qué, y los intentos que se hacen para dominarla son inútiles, si no contraproducentes. Después de las elecciones de abril, por ejemplo, el Rey no tenía otro camino que el del destierro. La República fué impuesta suavemente, por la nación entera, con desconcertante y admirable unanimidad. En un acto público, de deliberación ciudadana, el país demostró que no quería más monarquía. La institución monárquica se había desacreditado tanto con los pronunciamientos, las dictaduras, la censura de prensa, las deportaciones y confiscaciones, que no era posible que siguiera imperando. Lo más bello acaso que tiene la revolución española es la deliberación. Los que abominan del sufragio universal harán bien en contemplar y estudiar ese ejemplo. Los hombres que votaron en favor de los concejales republicanos de España el día 12 de abril seguramente eran una pequeña porción de la población total de España. Pero eran todos hombres libres por el nivel de su cultura, por su edad y por sus ideas, y detrás de ellos marchaba la masa silenciosa de los habitantes que no votan (mujeres, niños, analfabetos, muertos civiles, etc.), y que pensaban y siguen pensando lo mismo que aquéllos.

Una revolución que se cumple así en un público comicio, seguramente es una revolución destinada a lograr frutos definitivos.

Raúl Silva Castro.

(1) — Espasa — Calpe, S. A. Madrid, 1932.